



Imagen 1.-Don Fernando Salvatierra "Porrita" con un grupo de alumnos en el curso 1964-65. Colección Juan L. Hidalgo.

Recuerdos en blanco y negro

Antonio Meléndez Morales

Cuando se llega a cierta edad, es inevitable volver la vista atrás y recordar, con una sonrisa bobalicona y grandes dosis de nostalgia, algunos de los recuerdos que van aflorando a nuestras cada vez más deterioradas neuronas. Tantos recuerdos se agolpan queriendo salir todos a la vez, como si quisieran no volver a ser arrinconados y así evitar dormir el sueño del olvido en algún rincón de mi cerebro.

Introducción

Mis evocaciones son las mismas que las de la gran mayoría de los posibles lectores, nunca formarán parte de la historia de nuestra ciudad ni merecerán ser recordadas en el futuro por los estudiosos locales; pero son estas vivencias sin importancia, junto con otras de mis paisanos, las que dan vida y esencia a la historia de nuestro pueblo.

El mundo actual camina a un ritmo tan frenético, que cuando miramos el camino que hemos recorrido nos parece haber vivido en un mundo distinto, que no es este nuestro espacio y que en algún lugar del camino nuestro universo infantil se desvaneció y su lugar fue ocupado por este otro de ordenadores y demás inventos modernos.

Cuando pienso en mis años jóvenes, los recuerdos se me aparecen en blanco y negro; como aquellas películas antiguas que nos echaban en el cine. No sé si esto sólo me ocurre a mí o si a las personas de mi edad también les ocurre lo mismo, pero en ellos no hay color, son imágenes en blanco y negro, como cuando iba a la iglesia y el cura predicaba desde el púlpito algunos de aquellos sermones.

La iglesia

Los bancos de la iglesia estaban llenos de fieles: beatas de misal y golpes de pecho abstraídas en su recogimiento, arrodilladas en reclinatorios personalizados con sus iniciales; hombres, con sus galas de los días de fiesta, cumpliendo el precepto dominical intentando disimular los bostezos; niños bulliciosos removiéndose en sus asientos... El sol del mediodía se filtraba por los vidrios coloreados de las cristalerías. El cura bajó del altar donde oficiaba la misa y lentamente se dirigió al púlpito. Subió los gastados escalones de madera, se acomodó y apoyando ambas manos en la barandilla, derramó su mirada entre los fieles, como si quisiera hacer un recuento para ver quién faltaba a su misa. Algunos estiraban el cuello para que el párroco reparara en su presencia y así no tener que oír más tarde *-no te vi en la misa el domingo-*. Después de aclararse la voz y tras unos segundos interminables alzó su sonora voz que estalló entre los viejos muros de la iglesia.

"¡Queridos hermanos en Cristo! Hoy, laváis vuestras conciencias asistiendo a la celebración de la santa misa; pero, ¡ay de vosotros si olvidáis los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo! ¡Ah de vosotros si os olvidáis de honrar el nombre de Dios! ¡Ah de vosotros si escandalizáis algún alma inocente de estos niños que asisten a misa! Hermanos, el camino del demonio es ancho, muy ancho; por él deambulan todos los que se visten con ropas que atentan contra la moral, los que asisten a pecaminosas películas inspiradas por el mismo Satanás para arrastraros a la perdición. Hermanos, estos

niños son almas puras que aprenden lo que hacen sus mayores. Apartad a estos niños del camino que les llevará al llanto eterno, al crujir de dientes, a la oscuridad del mal, a las llamas del infierno.

Y vosotros, queridos niños, sed como los niños mártires, que prefirieron ser torturados y sometidos a sacrificios similares a Cristo, antes que ofender a Dios renunciando a la fe de la iglesia católica.”

El sermón siguió anunciando sacrificios y penalidades: mártires descuartizados y torturados pero firmes en su fe o conductas alejadas de la moral cristiana y condenadas a los horrores del infierno. Las imágenes dantescas se sucedían unas tras otras cada vez más aterradoras.

Aquel día, cuando salí de misa, no sabía dónde esconderme tras las calamidades anunciadas por el cura. Si no quería ofender a Dios, podría acabar como los niños mártires, descuartizado o crucificado por algún infiel desalmado; y si lo ofendo, me espera el demonio en el infierno. Miré al cielo temiendo ver la mirada airada del Dios que pintaba el cura, un Dios terrible y furioso. Aquella noche tuve horribles pesadillas.

**Recuerdo una lectura de la
enciclopedia que nos
informaba: “Después de Dios, el
amor de todos los españoles ha
de ser el amor a la Patria**

Recuerdo una lectura de la enciclopedia que nos informaba: “Después de Dios, el amor de todos los españoles ha de ser el amor a la Patria. A ella hemos de sacrificar nuestros intereses y aun nuestras vidas, si se precisaran”. A mí este párrafo me daba un poco de repelús. Después de oír la vida de niños santos que habían dado su vida por no renegar de su fe, yo le pedía a Dios que no me pusiera en esa tesitura porque no sabía si iba a cumplir con mi obligación; y si no lo hacía como aquellos santos mártires, ya se sabía... ¡derechito al infierno!

La escuela de don Fernando

Otras muchas imágenes se me aparecen emergiendo del mar de mis olvidos. Después se sumergen otra vez en la inconsciencia y otros recuerdos emergen un instante apenas...

-Don Fernando, ¿puedo ir a mear?

El maestro, que corregía las cuentas de Ambrosio, despegó la mirada de los números y me miró con una mirada tan severa que estuve a punto de mear antes de la cuenta.

-No se dice mear, se dice orinar.

Después de unos interminables segundos, en los que me preguntaba qué diferencia había entre



Imagen 2.- Antigua enciclopedia de grado medio de la editorial Carles Dalmau.

mear y orinar, y a punto de regresar a mi sitio sin que me diera permiso, y corriendo el riesgo de manchar sensiblemente mis pantalones, volvió la mirada a las cuentas y dijo: -¡ve!

Suspirando de alivio me dirigí a la pequeña puerta que hay al final del oscuro y destartalado local donde don Fernando daba clases. El invierno había venido muy crudo. Oía el incesante repique-tear de la lluvia en los cristales de la ventana. Algunos niños se arrebujaban en sus abrigos y se echaban aliento en las manos para aliviar la molestia de los sabañones. Llegué a la puerta que daba paso al pequeño retrete. Con precaución la abrí, chirrió lastimosamente, deberían echarle aceite a las bisagras. Antes de entrar eché una mirada al interior del oscuro pasillo. Daba un poco de miedo recorrer el largo y lóbrego túnel que se abría ante mí, con rincones tenebrosos que presagiaban presencias inquietantes. Por un momento dudé si penetrar en aquel pasadizo o aguantarme las ganas de orinar o mear y regresar a mi sitio. Después de unos interminables segundos, entré en el corredor. La puerta se cerró dando un portazo y dejándome en una semioscuridad que no presagiaba nada bueno. Me quedé quieto y observé con detenimiento todos los rincones y oquedades que podían servir de escondite a algún peligro desconocido. Comencé a andar despacio, doblé una esquina y otro pasadizo



Imagen 3.- Otro de los libros usados en la escuela de la época, *El Catón*, de la editorial Luis Vives.

se abrió ante mí. En un hueco abierto en la pared, una oscura presencia en forma humana cubierta con una túnica desde la cabeza a los pies. Tenía la mirada más triste que había visto en mi vida. Aceleré el paso y continué el camino. En la puerta del retrete había otra fantasmal aparición. Alta, casi desnuda, con heridas por todo el cuerpo y cara de enorme sufrimiento. Pasé a su lado y entré en el servicio. Nervioso, apenas atiné a aliviarme la vejiga. Miraba continuamente atrás esperando ver aparecer alguna de aquellas apariciones. Después de hechas las necesidades fisiológicas y de buscar el valor necesario para el camino de vuelta, abrí la portezuela y emprendí una veloz carrera sin querer mirar hacia los lados. Abrí la puerta y cerré de golpe. Los niños seguían enfrascados en sus tareas. Don Fernando continuaba corrigiendo las cuentas. La lluvia persistía en su repiquetear en los cristales. Me dirigí a mi sitio y me senté. Allí me esperaba mi cuaderno. Aquel día ya no tendría que ir a mear más; perdón, a orinar. Ya no tendría que pasar por aquel pasillo con las figuras de santos que la iglesia aledaña guardaba en el local que el cura le había dejado al maestro para que diera clases. ¡Mañana sería otro día!

La escuela de don Miguel

El tiempo pasaba y me hacía mayor. Pasaba de las

Rayas al Catón, después las enciclopedias. Una especie de puesta de largo era la escritura con tinta. Entre tachones y borradores aparecían algunas letras conformando un pensamiento; a veces, con sentido.

Hacia rato que miraba la hoja en blanco del cuaderno, sus rayas paralelas y azules casi cobraban vida después de un rato de mirarlas sin atreverme a escribir en ellas. Don Miguel me había mandado comprar palillero, plumín y tinta, además del papel secante, por si acaso... Este hecho significaba el ingresar en el grupo de los mayores, con lo que eso significaba para los niños casi esclavizados por la tribu de los mayores de la clase. Llegué a casa saltando de alegría. *¡Voy a escribir con tinta! ¡Voy a escribir con tinta!* Mis padres, después de darme un achuchón y alegrarse conmigo del paso tan importante que había dado en mi educación, me dieron el dinero suficiente para comprar los útiles de escritura necesarios. Así que, como si de un rito de iniciación a la pubertad se tratara, mi padre me llevó a la librería de Eusebio. Allí pidió palillero, plumín, tinta, secante y cuaderno. El dependiente iba sacando el pedido y sonriendo casi susurraba:

-A ver, palillero... ¿Te gusta éste...? Plumín...

Y ahora estaba en la vieja escuela de don Miguel con el tintero abierto peligrosamente en medio de los libros

Con todos los utensilios bien envueltos volvimos a casa y allí con mucho cuidado los colocamos cuidadosamente en la mesa cuadrada del comedor. Mi padre me enseñó cómo debía colocar el plumín; después de mojarlo en la tinta, escribió con esa letra suya, que a mí me gustaba tanto, en la portada del cuaderno: *"para uso del alumno Antonio Meléndez Morales..."* Yo miraba maravillado cómo la pluma iba dejando su huella azulada en el papel. Luego me hizo escribir en una hoja varias veces mi nombre.

Y ahora estaba en la vieja escuela de don Miguel con el tintero abierto peligrosamente en medio de libros, cuadernos, pizarras, pizarrines y demás utensilios escolares. Había mojado el plumín en el tintero pero no me atrevía a manchar la inmaculada y rayada blancura de la hoja de papel del cuaderno rotulado *"Para uso del alumno Antonio Meléndez Morales"*. Don Miguel mandó a los mayores copiar una pequeña lectura de historia de la enciclopedia Dalmau Carles, *"El glorioso Alzamiento Nacional"*. Yo miraba a los compañeros de tinta y los veía enfrascados en sus tareas. Manolo se mordía la lengua mientras copiaba, José parecía absorto en

los avatares de los soldados de Franco... Yo no me atrevía a comenzar. Creía que el temblor de mi mano haría desprenderse una gota de tinta y mancharía irremediabilmente la libreta. Por fin, armándome de valor y decisión, tracé una raya, preludeo de mi alambicada A mayúscula. Inmediatamente después de ese pequeño trazo, como si se hubiese liberado mi cuerpo de los nervios que lo atenazaban, me lancé a la trabajosa tarea de escribir, con claridad y sin faltas de ortografía, las andanzas y heroicidades de nuestro Caudillo. ¡Qué maravilla! La pluma se deslizaba casi sin esfuerzo por el entramado de rayas hasta que cargué demasiada tinta en el plumín y... ¡maldición! Una enorme mancha cayó encima de José Antonio Primo de Rivera. ¡Cachisenla...! Nervioso cojo el papel secante e intento minimizar el enorme descalabro, pero la mancha se extiende y amenaza con abarcar todo el heroico Alzamiento. Con los nervios el palillero con el plumín aún cargado de tinta se cae sobre la manchada libreta y deja horribles manchas a lo largo y ancho de toda la hoja. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

¡Menos mal que no tardaron demasiado en inventar el bolígrafo!

A partir de este primer intento se sucedieron los días copiando textos de la enciclopedia Dalmou Carles. Como aquel párrafo que comentaba: "*Hay varias razas de gallinas españolas: la catalana del Prat, muy corpulenta y ponedora; la castellana negra, pequeña y ponedora y la andaluza, que se distingue por su precocidad.*" Eso de la andaluza no lo entendía yo muy bien.

Juanito

Lentamente, los borriones dejaron su lugar a las letras, y con estas a las palabras. Luego, cuando terminaban las lecciones, volvía a casa. De camino a la calle Pintor Agustín Segura, me encontraba mu-

chas veces con la alta y desgarbada figura de *Juanito*.

Juanito era largo como un día sin pan, o eso me parecía a mí desde la altura de niño de los años 50. De aspecto quijotesco, seco de carnes y huesos pronunciados. Lo único que le faltaba para ser una réplica exacta del caballero manchego era la barba; por lo demás, yo diría que podía pasar por el entrañable personaje cervantino.

Juanito, también corrió aventuras lejos de su casa, y bien que le gustaba contarlas a todos los que se lo pedían. No cabalgaba ningún Rocinante, pero solía andar por las calles con una mano en el bolsillo y un caminar ligero, casi sin tocar el suelo. Formaba Juanito, junto con otros recordados personajes, el grupo de personas especiales a quienes algunos tomaban como motivo de sus bromas. Todos formaban parte de un mundo dónde el deseo atropella a la razón y dónde también había encantadores y gigantes a los que vencer y dulcineas a las que amar. Un mundo dónde habían malandrines que se ensañaban con *Juanito* con bromas que intentaban ser graciosas y que terminaban con las maldiciones de *Juanito* y la hilaridad de los grotescos guasones. Pero siempre salía de todas las peleas con la cabeza alta, la mano izquierda en el bolsillo de su pantalón y la derecha marcando el compás de sus pasos, ligeros, casi sin tocar el suelo; desapareciendo, con una inclinación inverosímil, tras la esquina de la calle, orgulloso y feliz de derrotar al malvado y en busca de otra nueva aventura.

Valgan estas palabras como un sentido homenaje a personas como Juanito, Francisco, Pitito Feria, don Mariano, don Amador, el Catorce, don Francisco Macías y doña Luisa, y tantos otros, que forman parte del recuerdo de varias generaciones de tarifeños.

ALJARANDA en Internet

En la dirección

<http://www.aytotarifa.com>

pueden consultar todos los ejemplares publicados hasta ahora de la revista, además de otras actividades e información de la Concejalía de Cultura

ALJARANDA es una revista abierta a cuantas personas dedican parte de su tiempo al estudio del municipio de Tarifa en sus más diversas vertientes: Historia, Geografía, Patrimonio, Arte, Tradiciones, Creación literaria y otros.

Los artículos pueden ser remitidos al Consejo de Redacción bien por correo postal (Revista **Aljaranda** Excmo. Ayuntamiento de Tarifa. Calle Amor de Dios, 3. 11380 Tarifa) o electrónico (aljaranda@yahoo.es).